

la é inhumana, su inhumanidad y malevolencia se revolverán contra ella. Publicará todos los pecados de estas almas miserables, descargará sobre ellas su cólera, las enumerará á la faz del universo, las agravará con el peso de todas las plegarias y comuniones de que han abusado, y cerrará á esas desgraciadas las puertas de la compasión, no dejando abiertas ante sus ojos espantados más que las horriblicas puertas de la justicia. Entregada por sus rigideces á las inflexibles angosturas de la justicia divina, pagará allí la falsa alma devota hasta el último denario de las deudas contraídas; si no queda asfixiada en la exigua medida que á sí misma se ha preparado con su conducta incalificable.

#### ARTÍCULO VI

LA VERDADERA DEVOCIÓN ES DÓCIL Y CONSTANTE, LA  
FALSA INDÓCIL É INCONSTANTE

Si son diametralmente opuestas la verdadera y falsa devoción por lo que á los hábitos del corazón atañe, no son menos por lo que mira á los hábitos de la voluntad. En ambas surgen idénticos movimientos, pero en sentido inverso, produciéndose en la primera con regularidad y en la segunda desordenadamente; siendo en consecuencia dócil y constante la una, la otra indócil é inconstante.

Incapaz el alma de dirigirse á sí misma en la vida devota, necesita de toda necesidad someterse á impulso de una voluntad superior, que la conduzca, sostenga y la vuelva al camino, si se extravía. Al bien excepcional de la dirección corresponde el deber de la obediencia, virtud preciosa en almas santas y tan grata á Dios que le es preferible á los más dolorosos sacrificios: mejor que las víctimas es la obediencia (1).

No es esto decir que el holocausto del alma devota haya

(1) *Melior est obedientia quam victimae*, (1.º de los Reyes, cap. XV, v. 33.)

de equipararse al de los votos religiosos; sin embargo, ella no ignora el valor de la obediencia y que el camino más llano y seguro para llegar á Dios es la sumisión, y hasta el más libre y tranquilo; pues descargándonos del peso de nuestra propia responsabilidad, nos deja en posesión de una gran paz y de un abandono y confianza santas. «Corred de un lado para otro, no encontraréis paz si no en la humilde sumisión (1).»

El alma verdaderamente devota es, pues, sumisa y dócil en virtud de la sincera abdicación de su criterio propio al cual no quiere confiar el éxito de su perfección. El ministerio del director es para ella una representación de la Providencia en grado eminente, circunstancia que reviste los consejos y las órdenes que de él emanan, de un carácter sagrado, y les hace acreedores á incondicional respeto. En ellos se refugia, á ellos se abandona con la firme persuasión de orillar de esta suerte cuantas dudas y vacilaciones asaltan á los espíritus tímidos, y de refrenar los presuntuosos deseos de las almas con extremo ardorosas. Somete á consulta del director, cuyos móviles se inspiran en caridad, todos sus pensamientos, deseos, acciones, preces, confesiones, comuniones y relaciones divinas y humanas. Obra si obrar se la ordena, se abstiene si se le prescribe abstenerse y abandona cualquier camino emprendido por inconsideración ó imprudencia, á la primera indicación. Hace, deshace, emprende, reprende, trabaja, descansa, despliega energías ó se mortifica á voluntad del que la guía. Las repugnancias del orgullo, las pasajeras protestas del amor propio no coartan la agilidad de sus movimientos. Semejante á los misteriosos animales de la visión profética, sitúase entre el cielo y la tierra y va a donde la lleva el soplo divino. Cada acto de sumisión es un triunfo laureado por paz profunda y gozo inenarrable en cumplimiento de este raciocinio del Espíritu Santo: «el varón obediente cantará victorias (2).»

(1) *Imit., lib. I, cap. IX.* (2) *Vir obediens loquetur victorias.* - *Prov. cap. XXIV, 28.*



¿Arguye debilidad ó apocamiento esta flexibilidad del alma? Algunos por tal la tienen, haciendo consistir la energía en deferir al amor propio, y en la vulgar creencia de que mejor es cometer mil necedades que dejarse conducir.

Mas si nos fijamos en la actitud del alma verdaderamente devota frente á las pruebas, reconoceremos en su constancia que es dueña de sí misma y si se rinde es á sabiendas, porque en la flexibilidad busca su salud y perfección.

Consagrada con resolución firme al servicio divino, la verdadera devoción se excede á sí propia. Bien si el camino es llano, y mejor si es áspero y dificultoso. Nada la turba, nada la desconcierta, nada la detiene, nada la hace retroceder. Es constante en los pruebas.

La primera prueba de la devoción es nuestra fragilidad. A pesar de nuestros buenos deseos y viriles resoluciones, caemos con frecuencia y más de lo que nos figuramos. ¿Qué hacer en vista de esos dolorosos mentís que nos damos á nosotros mismos á cada instante de una vida que debiera ser santa, si la naturaleza obedeciese al primer movimiento de nuestra voluntad prevenida é impulsada por la gracia? Tristezas, desalientos, turbaciones, disgustos, he ahí las consecuencias de nuestras innúmeras imperfecciones. Contra estos tumultuosos movimientos abroquéla-se la devoción verdadera y les cierra herméticamente las puertas del corazón. Con San Francisco de Sales dice: No os admiréis jamás de veros miserable (1).» Hay que corregir el corazón dulce y apaciblemente y no agitarse y enfurecerse en demasía. Sús, corazón mío, sús, en nombre del Señor, anímate, caminemos, miremos por nosotros (2).» «Tened gran cuidado de no turbaros si habéis incurrido en algunas faltas, ni os abandonéis á enternecimientos; ambas cosas del orgullo proceden.» (3). Por lo que á mí toca, si hubiese hecho una falta, no querría reprender á mi co-

(1) Carta 615.—(2) Carta 224.—(3) Carta 588.

razón tumultuosamente... sino más bien lo corregiría razonable y compasivamente. Sús, corazón mío, sús, que hemos caído en la fosa del pecado. Levantémonos, abandonémosla para siempre, imploremos la divina misericordia. Dios nos ayudará y haremos lo que podamos» (1).

Evitar tempestuosas recriminaciones, reprenderse suavemente y tranquilamente, animarse al bien, invocar la misericordia de Dios, todo lo hace el alma verdaderamente devota al sentir arrastrada su voluntad por ingénitas debilidades á la culpa.

El pecado la alecciona, no la sirve de rémora. De él se aprovecha para medrar en la humildad y ser más desconfiada y vigilante; no tuercen ni aminoran su firmeza ni la hacen trocar sus buenos hábitos de vida impresiones de tristeza, disgusto y desfallecimiento. Es, pues, constante en la primera prueba.

La segunda prueba es el sufrimiento. Pueden las enfermedades destruir su cuerpo, no debilitarán su voluntad. Colmada de males, apenas teniéndose en pie, su corazón es valiente y robusto. Se sirve de instrumentos débiles é impotentes y, como lo sabe, acude á Dios en demanda de auxilio y recibe apoyo y socorros vigorizantes. Mordido y desgarrado el corazón por disgustos y ansiedades, llevado y traído por la perfidia humana é inconstancia de afectos, saturado de dolores, rebosante de lágrimas y gemidos, no decae porque ha echado sus raíces en el corazón mismo de Dios, y allí se nutre de un amor que nada ni nadie es parte á arrancarle: ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la persecución, ni la espada (2).

«¡Si, llega á congratularse en sus enfermedades, en la humana contradicción, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias! (3).» Buenas le son todas las

(1) *Introducción á la vida devota.*—Tercera parte, cap. IX.

(2) *Quis nos separabit a charitate Christi? Tribulatio? an angustia? an fames an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius? (ad Rom., cap. VIII—35.)*

(3) *Placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustis. (1.ª Corint., cap. XII, v.10.)*



adversidades, pues las recibe como procedentes de las manos de Dios.» «Bueno es, dice, con el pío autor de la *Imitación*, que seamos perseguidos y contrariados porque las contrariedades y persecuciones hacen entrar al hombre en su corazón, y le enseñan que el mundo es lugar de destierro y que nada hay en él que esperar. Bueno es que los hombres tengan de nosotros opinión inexacta ó desfavorable aunque nuestras acciones é intenciones sean puras; porque así adquiriremos la humildad y no caeremos en la vanagloria. Sobre que cuando nos desprecian invocamos el mejor de los testimonios, el testimonio de Dios» (1).

«¡Ah! Hasta dónde no extrema Dios sus santos rigores! ¡A veces niega á dólientes almas el testimonio del consuelo! Cubre con una nube su adorable faz, retira su acariciadora mano, nos deja en un estado de sequedad, de avidez, de abandono más penoso mil veces que todos los dolores del mundo.» «No hay alma devota que no se acrisole en estas sustracciones de la gracia, y estas disminuciones de fervor sensible; no hay santo cuyas iluminaciones y éxtasis no hayan sido reemplazados por tentaciones» (2). «Son como la noche y el frío de las infortunadas regiones polares. Y no obstante ¿con quién puedo yo, Dios mío, contar, en quién confiar fuera de vuestra gran misericordia, y de la única esperanza de vuestra gracia celestial? Los varones virtuosos, los hermanos devotos, los amigos fieles, los libros santos, los tratados más admirables, los dulces cantos del amor, los himnos apasionados no pasan de recursos mediocres, no son gustosos á mi alma, si vuestra gracia se retira y si me abandonáis á mi pobre natural (3).» ¿Qué remedio á tan grave mal? «La paciencia y renuncia de nosotros mismos en la soberana voluntad de Dios (4).» Paciencia y renunciamiento son las grandes virtudes de la verdadera devoción, cuando el Señor añade á sus pruebas la prueba superior del abandono. «*Tolle crucem tuam.*» To-

(1) Lib. I, cap. XII. — (2) *Imitación*. Lib. II, cap. IX. — (3) *Ibid.* — Lib. II, cap. IX. — (4) *Ibid.* — Lib. II, cap. IX.

ma tu cruz. Sin espanto oye estas duras frases: «La cruz por todas partes se encuentra. Fuera, dentro, arriba, abajo, en todos lados y en vez de oirla horrorizada se abraza á ella con paciencia y exclama: «En la cruz está la salud, en la cruz la vida, en la cruz la protección, en la cruz la expansión de la eterna dulzura, en la cruz la fuerza del alma, en la cruz la fuerza del espíritu, en la cruz el compendio de las virtudes, en la cruz la perfección de la santidad (1).»

En pie, desafiando tribulaciones, como esos magníficos árboles que luchan contra las tempestades; el huracán sacude sus robustos troncos, agita su móvil cabellera, las hojas y ramas muertas huyen de ellos, arrebatadas en raudos torbellinos, mas aunque sacudidos hasta en sus raíces, no se logra derribar á esos hijos de la tierra. Despojados de inutilidades, calmada la atmósfera reflejan mejor en su esclarecida fronda los rayos solares, el aire penetra más á sabor por sus entreabiertos poros, y la savia circula más veloz por entre sus fibras. Igual queda el alma devota después de sus tempestades.

Fijaos: nada ha cambiado en su vida fuera de las imperfecciones que han desaparecido: los buenos y santos hábitos han quedado, y más estables, vigorosos y enérgicos.

¿Con qué placer nos detendríamos ante tan agradable espectáculo, si para instrucción nuestra no interesara examinar el contraste! Cambiemos de lienzo y pintemos la pseudo-devoción.

Las actitudes de su voluntad están en razón inversa de las que acabamos de estudiar. Inflexible cuando ceder debiera y flexible cuando no es conveniente ceder; en dos palabras: indócil á la dirección é inconstante en las pruebas.

Antes de internarnos en las rebeliones y caprichosas fluctuaciones de su voluntad, bueno será que llamemos la atención sobre una falta en que frecuentemente se incurre.

(1) *Imitación*. — Lib. II, cap. XIII.



No hay que confundir la docilidad con la apatía. Hay almas que se prestan á ser dirigidas á condición, de no poner nada de su parte. Necesitárase el don de adivinar deseos, de prever los menores detalles de su vida, y fuerzas para llevarlas por todos los caminos que han de recorrer para alcanzar la perfección. Gravísimo error de conducta. El Espíritu Santo y una buena voluntad son los primeros motores de la vida espiritual: el director activa, temple, dirige, regulariza el movimiento, contando siempre con que se le faciliten iniciativas. No escudriñar su alma, nada decir de sus aspiraciones, de sus faltas, de sus luchas, de sus transformaciones; no proponerse algún fin determinado y concreto y pretender con todo echarse en brazos del director, no es docilidad, es pereza.

No echen en saco rato este aviso las almas perezosas y pasemos á las indóciles.

La falsa devoción es indócil á la dirección por más que la guíen los más hábiles y esclarecidos. Abusa del consejo de Santa Teresa de elegir entre mil confesor, y no adopta uno sino tras largas peregrinaciones. Y cuando parece ya establecida y definitivamente fija á un director, resulta que no hay nada de lo dicho. Su secreta confianza en sí misma, de la que no se ha despojado; su tan sutil amor propio de que está saturada, le impiden inmolar su parecer en aras del ajeno, sus deseos en aras de otros deseos, y regular sus acciones por la voluntad de otra persona. Prodigia fórmulas de sujeción, pero á la menor cosa que se la contrarie, se revuelve, murmura, protesta y se desliga de todo compromiso. ¿Queréis poner en orden sus demasiadas prácticas? Es una empresa sacrílega.—¿Le rehusáis una comunión que os pide? Es una barbarie. ¿Tiene la manía de creerse indigna, manía que procede por lo común de orgullo ó bajeza, y se le advierte para que se disponga á recibir la gracia de los Sacramentos? Se la brutaliza; ó bien si dice que sí á todos los consejos y ordenaciones es para hacer después lo que le parezca bajo pretextos que está acostum-

brada á encontrar siempre muy atendibles. Incomodada por sus caprichos y fantasías ó, por hablar mejor, por su autonomía religiosa, procurará dar con algún pobre hombre débil é indulgente cuya voluntad dominará y se forjará después la ilusión de que marcha perfectamente conducida.

Rígida é inflexible en la dirección, la falsa devoción se inclina ante todos los vientos de la tribulación, nazca de fuera ó de dentro. El primer movimiento que la impelia hacia Dios se paraliza y repliega sobre sí mismo ante cualquier obstáculo; y su tan decantada maravillosa obstinación corre parejas aquí con su no menos maravillosa inconstancia.

Si llega á reconocer sus faltas é imperfecciones debiera felicitarse, puesto que tal conocimiento es gracia, y no pequeña, del Señor. Nada menos que eso; se entristece, se turba, se impacienta, se irrita, se injuria, se maldice, lo considera todo perdido; porque la naturaleza se ha manifestado en ella tal cual es y será siempre, flaca y miserable y tornadiza; y se entrega á un descorazonamiento y tristeza altamente reprobables. No; tales excesos no dimanán de indignación virtuosa y generosa; recordemos el dicho de San Francisco de Sales; hay que reprenderse con paz y tranquilidad, nada de atormentarse, sino de corregirse con dulces palabras y saludables exhortaciones. El falso devoto se agita porque sus faltas le vedan recrearse en sí propio, é íntimamente admirarse con secretas adulaciones.

El despecho de verse frágil, cuando se creía fuerte, es la única causa del abatimiento que de ella se apodera.

El vencido orgullo descamina sus deseos y aletarga sus esfuerzos.

Todavía es más inconstante en las pruebas del sufrimiento. Exagerados gemidos, eternas quejas, murmuraciones blasfemas exhala su corazón, cuando se ve probado por enfermedades, disgustos, angustias y humanas contrariedades. Le convendrían días serenos y tranquilos,



salud próspera, amigos fieles, sociedad amable; entonces su alma completamente tranquila no tendría más que pensamientos y afectos para Dios. Respeta la cruz, la adora pero en pintura: sus débiles hombros no pueden con peso tan abrumador, y, á no ser porque la cruz está sostenida por los brazos del Redentor, la arrojaría al suelo y huiría de ella aterrada.

Olvida los pecados que debe expiar, los sufrimientos de Jesús, que debe imitar, y las virtudes que debe consolidar por medio de la paciencia. Todo se le antoja misterioso en los males que pondera. Importuna cielos y tierra con sus indiscretos plañidos. ¿Qué mal ha hecho? ¿Por qué la dejan todas sus fuerzas y libertad para servir mejor á Dios? ¿Por qué no sufren como ella los demás? *por qué, por qué y siempre por qué.*—¡Ah, Dios no la ama! ¡Dios es harto cruel! ¡Dios es injusto!... ¡Ay!... ¿Quién no ha oído estas blasfemias, irreflexivas sin duda, no en boca de impíos sino de personas que hacen profesión de servir á Dios y de pertenecerle, en boca de personas santas, y no ha sentido al oírlas amargársele el corazón? Debemos ser indulgentes con la naturaleza y perdonar sus primeros movimientos; pero hay que saber ahogar en su nacer tales quejas, ofensivas de la justicia y bondad de quien persigue nuestro bien, hasta en los males que nos envía.

Nada le preocupa todo esto á la falsa devoción: tan profundo es el abatimiento en que el sufrir la sumerge. Con ruidosos suspiros y estrepitosos llantos anuncia su presencia; no puede más; está expirando. Los ánimos que se le infunden, los consuelos que se le prestan, y por los cuales siente avidez, son impotentes para despertar en su alma buenas y firmes resoluciones. Hipnotizado por su dolor, no sabe ni puede hacer más que dolerse.

Compadecidos de su debilidad, le aconsejaréis en vano que sustituya obras piadosas con sufridas resignaciones: es demasiado amarga la resignación para esta clase de almas de corazón sensual. Disgustada de cuanto amaba,

sólo es sensible á la queja, que viene á ser como resumen de su vida. Doleos con ella, mas no la habléis del servicio de Dios. Su cuerpo está enfermo, tanto peor para Dios; son malvados los hombres, tanto peor para Dios.

¿Pero es necesario que Dios la colme en realidad de sufrimientos, para poner de bulto su inconstancia? No; no hace falta tanto. Basta que, en ausencia de males, se vea privada de esos regodeos sensibles y golosinas espirituales que Dios concede en los comienzos á cuantos quiere animar á la práctica del bien.

Mientras la sostiene la gracia, magnífico; marcha alegremente; es tan dulce dejarse ir. (1) Auséntase la gracia, preséntase á la falsa devota el deber seco, árido, austero, desnudo; adiós alegrías, vida y movimientos. Preces, prácticas piadosas, sacramentos, buenas resoluciones, esfuerzos generosos, todo ha perecido en el naufragio universal del descorazonamiento.—Orad.—No tengo gana.—Confesaos.—No tengo gana.—Comulgad.—No tengo gana.—Recordad vuestras promesas, vuestra solicitud, vuestra antigua generosidad.—Ea, que no tengo gana, es su eterno estribillo, la única excusa de su inconstancia. Podrá en una hora propicia reanimarse, pero para volver enseguida á las andadas. Llena está su vida de funestas intermitencias que le harán imposible todo progreso y la condenarán á no tener más que primeros movimientos.

Planta sin raíces, que bravea mientras tenga rodrigón en que apoyarse, y que cae en faltándola sostén, arrastrando por el suelo su deshonorado tallo. Alzadla; y revestida de verdor y flores volverá á caer de nuevo: podrá no ser arrancada y arrojada al fuego, pero nunca llegará á ser árbol garrido, cuya excelsa copa y vigorosa resistencia suspendan y admiren.

(1) Satis suaviter equitat quem gratia Dei portat. —*Imit.* Lib. II, cap. IX.